

SOLIDARIDAD Y COMPROMISO VOLUNTARIO. CONTINUIDAD Y CAMBIOS EN LA ACCIÓN VOLUNTARIA

SOLIDARITY AND VOLUNTARY COMMITMENT CONTINUITY AND CHANGES IN THE AREA OF VOLUNTEERING ACTIVITIES

JOSÉ LUIS IZQUIETA ETULAIN
Universidad de Valladolid

RESUMEN

La relevancia alcanzada en los últimos años por la acción solidaria de personas comprometidas en la ayuda a terceros plantea la cuestión del porqué de su compromiso, de las razones de su implicación. El artículo trata principalmente de desvelar la naturaleza de la acción voluntaria, pretende mostrar el sustrato cultural que define el compromiso voluntario desde una perspectiva antropológica.

PALABRAS CLAVE: Voluntariado, solidaridad, participación cívica, tradición.

ABSTRACT

Volunteering has gained a prominent role in the nonprofit sector. As such it is relevant to analyze the reasons that motivate millions of people to engage in voluntary and solidarity actions and to understand the conditions in which that commitment takes place and how it is developed. The present article focuses on particular point and it studies it from an anthropological perspective. Its main objective is to show the cultural elements that serve as a basis and inspiration for the voluntary commitment and the service to others.

KEY WORDS: Volunteering, solidarity, civic participation, traditions.

El protagonismo alcanzado en la sociedad española por el voluntariado durante las últimas décadas es un hecho ampliamente reconocido (Ruiz de Olabúenaga 2001; Madrid 2001; Ariño 2007). El prójimo, su sufrimiento, los problemas y las necesidades de

distintos colectivos suscitan hoy la empatía de personas que se asocian o participan voluntariamente en distintas organizaciones con la intención de contribuir a su bienestar y promoción. Numerosos estudios destacan su importancia en la configuración de la ciudadanía y en la definición de los vínculos sociales, subrayan su relevante papel en las políticas sociales y en la gestión de las necesidades sociales (García-Martínez de Pisón 2001).

La trascendencia de estos cometidos explica que la mayor parte de los trabajos realizados sobre este fenómeno en nuestro país se fijan, sobre todo, en su proyección económica, política y social, siendo más escasos los estudios que se interesan por la dimensión cultural, por los valores y las pautas que guían y motivan la acción voluntaria. La oportunidad de participar en este libro homenaje al compañero y amigo José Luis Alonso Ponga me brinda la posibilidad de explorar, de analizar las motivaciones y el sustrato cultural que definen el compromiso de los nuevos voluntarios desde una perspectiva antropológica.

Tres son los aspectos que se abordan en las páginas que siguen. En primer lugar, se pretende identificar los motivos por los que determinadas personas deciden comprometerse como voluntarias en las tareas desarrolladas por las organizaciones no lucrativas o del Tercer Sector de Acción Social (en adelante, TSAS). En segundo lugar, se trata de precisar las posibles conexiones existentes entre los motivos que impulsan la acción voluntaria y el sustrato cultural en el que se asientan y del que derivan dichos motivos. Finalmente, se desea poner en valor y mostrar la viabilidad y la utilidad de la perspectiva antropológica en la comprensión del fenómeno del voluntariado.

El abordaje de estas cuestiones se realiza a partir de los datos obtenidos en una investigación empírica cualitativa sobre los voluntarios de Cruz Roja (Izquieta-Callejo 1999); se tendrán en cuenta, asimismo, las aportaciones ofrecidas por diversos estudios realizados en nuestro país sobre los valores y las creencias de los voluntarios españoles.

1. NATURALEZA Y ESTRUCTURA MOTIVACIONAL DE LA ACCIÓN VOLUNTARIA

El término voluntariado se emplea para nombrar actividades diversas lo que explica que las definiciones del mismo sean muchas y diferentes. Existe, no obstante, un cierto acuerdo en relacionar el vocablo con un tipo de actividad caracterizada por el ejercicio de la ayuda a extraños físicamente próximos con los que, en principio, no se tienen relaciones de parentesco o de amistad y cuyo desempeño se produce en el seno de una entidad sociovoluntaria sin recibir por ello una contraprestación económica. Las personas que desempeñan esta actividad actúan, supuestamente, movidas por la generosidad,

donan su tiempo y su esfuerzo en favor de otras personas sin esperar o pretender a cambio una contrapartida.

La presunción del desinterés implícito en la acción voluntaria suscita, no obstante, la duda y la cuestión de si ésta se produce única y principalmente por razones altruistas. ¿Las personas voluntarias que participan en las entidades no lucrativas (TSAS) lo hacen en todos los casos desinteresadamente? ¿Se comprometen en ellas únicamente guiadas por el deseo de contribuir al bienestar de otras personas o lo hacen también urgidas por otras motivaciones añadidas?

La búsqueda de una respuesta a estas cuestiones nos llevó a explorar los motivos por los que determinadas personas deciden comprometerse en una de las organizaciones más representativa de voluntariado existente en nuestro país (Cruz Roja Española). Las entrevistas realizadas a un número significativo de sus voluntarios (30) de ambos sexos, de diferentes edades y con distintas cualificaciones, revelaron la existencia de un doble tipo de motivos. Comprobamos que un grupo reducido de voluntarios atribuía su decisión única y exclusivamente al deseo de «contribuir al bienestar de las personas a las que atendía Cruz Roja». Pretendían, según sus propias palabras: «colaborar en la mejora de la sociedad», «acompañar a personas necesitadas de ayuda», «favorecer la inclusión de personas vulnerables y excluidas» ... Estos voluntarios no concebían su participación como una relación de intercambio de la que esperaban obtener algún tipo de beneficio. Se comprometían en la organización porque se sentían urgidos a cumplir con lo que entendían eran una serie de obligaciones de índole moral.

Estas explicaciones las ofrecían personas de ambos sexos, de edades y con ocupaciones diversas: jóvenes estudiantes, amas de casa y profesionales con distintos empleos.

Constatamos también que gran parte de los voluntarios entrevistados justificaban su compromiso no solo por el deseo de «apoyar y ayudar a personas necesitadas» sino también y, además, por algunos motivos añadidos relacionados con preocupaciones, necesidades o intereses de índole personal. Aludían, en unos casos, a razones de carácter práctico o instrumental: «ampliar el currículum profesional», «obtener experiencia laboral», «ocupar el tiempo libre», «sentirse útiles»... Se referían, en otros, a razones afectivas o emocionales: «ampliar el círculo de relaciones», «conocer a otras personas», «hacer amigos», «desplazar la soledad», «encontrar un espacio de distracción»... Al igual que en el caso anterior estas justificaciones las ofrecían, principalmente, jóvenes de ambos sexos que habían terminado sus estudios y se hallaban sin empleo, pero también personas adultas de diferentes edades, desempleadas o jubiladas.

Los resultados obtenidos en diversos estudios realizados durante los últimos años en nuestro país sobre la naturaleza de la acción voluntaria coinciden, en gran medida, con los alcanzados en nuestra investigación (Béjar 2001; Zurdo 2003; Navarro-Pérez 2004; Chacon, Pérez, Vecina 2011). Corroboran que las razones por las que los nuevos voluntarios asumen su compromiso son muy variadas. Constatan, en concreto, que un grupo reducido de voluntarios conecta su compromiso con valores universales (la caridad, la justicia, la fraternidad...). Dentro de este grupo observan que algunos atribuyen su decisión a exigencias derivadas de su fe religiosa y entienden su dedicación a los demás como una llamada y como un don recibido de Dios. Confirman que otros se hacen voluntarios porque desean contribuir al cambio de las estructuras que generan la desigualdad, la pobreza y el sufrimiento de las personas a las que atienden. A diferencia de los anteriores, conciben su compromiso, sobre todo, como una empresa moral y como una acción política.

Los estudios mencionados muestran, asimismo, que la mayoría de los voluntarios atribuye su decisión no a razones de índole religiosa o política sino, principalmente, al deseo de obtener recompensas psicológicas o instrumentales. Se involucran en las organizaciones no solo porque desean ayudar a otras personas sino también por motivos o intereses individuales, porque esperan y confían en que esa actividad pueda contribuir o posibilitar su desarrollo personal, pueda proporcionarles sensaciones satisfactorias, gratificaciones emocionales y beneficios prácticos de distinta naturaleza (Autoconocimiento, mejora de la estima, crecimiento personal, mejora del curriculum...).

2. TRADICIONES CULTURALES Y NUEVA CULTURA DEL VOLUNTARIADO

Todo este conjunto de explicaciones descubre la pluralidad y la heterogeneidad de los motivos que subyacen en la acción voluntaria; revela, así mismo, la existencia de un fundamento cultural que estimula e impulsa la decisión de participar y comprometerse en tareas solidarias. Los motivos que incitan al compromiso conectan, en unos casos, con valores y creencias de índole religiosa o moral, y coinciden, en otros, con los valores y los ideales que promueve la cultura dominante en nuestra sociedad. La existencia de ese trasfondo suscita varias cuestiones relacionadas con el contenido y los rasgos que caracterizan a ese sustrato: ¿Cuáles son los valores y las creencias que estimulan o impulsan la acción voluntaria? ¿Cómo se aprecia y concreta el influjo esos valores en el comportamiento que adoptan los voluntarios?

Los voluntarios que atribuyen su compromiso a exigencias derivadas de su fe religiosa participan de unas creencias que, aparentemente, no favorecen el compromiso y la participación social, pues dichas creencias conceden gran importancia a la idea de

salvación y enfatizan el carácter individual de la fe, aspectos que, en principio, no estimulan la dedicación a los demás. Sin embargo, a diferencia de lo que sucede en otros credos religiosos, las creencias cristianas no solo no exigen el alejamiento del mundo y de los otros, sino que reclaman la implicación en él y la preocupación por los demás. Estas creencias demandan la conexión entre fe y compromiso social, insisten en que la salvación no se alcanza por la aceptación o el seguimiento de unas ideas sino por la puesta en práctica de la compasión con los excluidos (Mateo 25, 31-46; 1 Juan, 3, 7-21). Proponen, así mismo, una forma singular de ejercer el don y la compasión. Exigen que sus beneficiarios no sean únicamente los miembros del propio grupo (familia, amigos, etnia...) sino también los «extraños», personas desconocidas para el donante que no estén ligadas a él, miembros anónimos de una comunidad universal. Ignoran o no contemplan tampoco el contra-don, la equivalencia y, consiguientemente, el cálculo: «A vosotros los que me escucháis, os digo: haced el bien y prestad sin esperar nada a cambio» (Lucas 6, 32-35). Esa ausencia de la obligación y de la expectativa de devolución no significa, sin embargo, que no exista recompensa. Ésta se pospone para después de la muerte y se confía en obtenerla de Dios, un Dios que «ve en los secretos» (Mateo 6, 4).

En el caso de los voluntarios que atribuyen su compromiso al seguimiento de determinados principios y exigencias morales y políticas se aprecia también el predominio de unos valores que remiten igualmente a una tradición secular, identificada con el término «republicanismo». Se trata de una tradición antigua con una larga historia cuya doctrina ha sido asumida de muy distintas formas y ha tenido un seguimiento desigual en el tiempo y en el espacio. Esta tradición incide en el compromiso, en la participación cívica y en la solidaridad, pero lo hace desde parámetros y en base a principios diferentes de los defendidos por la tradición cristiana. Sus ideas remiten a autores y temas más o menos repetidos: el pensamiento clásico, en general, y la república romana, en particular; el resurgimiento de la idea de república en algunas ciudades-estado de la Italia renacentista; el republicanismo inglés del siglo XVII; los años fundacionales del constitucionalismo norteamericano; parte del ideario propio de la Revolución Francesa... (Ruiz 2006).

La amplia trayectoria del republicanismo explica la complejidad y la variedad de sus reformulaciones. Más allá de sus diferencias las distintas versiones coinciden, sobre todo, en la defensa de la libertad y en la reivindicación del papel de las virtudes cívicas. El republicanismo entiende la libertad no como libertad frente a la mayoría (liberalismo), sino como ausencia de dominación y como autogobierno. La libertad tiene que ver no con la posibilidad de elegir «sino con una razón cívica entroncada con el proyecto de contribuir al bien común a través del ejercicio de la ciudadanía» (Béjar 2001).

La ciudadanía en clave republicana proporciona al individuo determinados derechos, pero le exige también asumir determinados deberes. Estos deberes están conectados con los intereses de la sociedad en su conjunto. La realización de esos intereses exige que los ciudadanos compartan ciertos valores, las llamadas virtudes cívicas. La lista de estas virtudes es muy extensa y su definición muy heterogénea: la igualdad, la fraternidad, la tolerancia, la honestidad, el amor a la justicia, la generosidad, la solidaridad entre los ciudadanos y, en general, el compromiso con la suerte de los demás (Giner 2000).

Tanto los valores impulsados por la tradición republicana como las exigencias que reclama la tradición cristiana permiten comprender el comportamiento de un grupo reducido de voluntarios. Esos referentes difieren, sin embargo, de los que inspiran y guían la acción de la mayoría. Tal como se indicó anteriormente, las explicaciones que muchos de ellos ofrecen sobre los motivos de su colaboración, se relacionan y conectan, sobre todo, con intereses y preocupaciones individuales. Se trata en general de aspiraciones de muy distinta índole (ocupar el tiempo libre, desplazar la soledad, ampliar el currículum profesional, incrementar los vínculos sociales, afirmarse como personas...) próximas y coincidentes con los valores y los deseos impulsados por la cultura que predomina en nuestra sociedad, una cultura que «ha sacralizado» como indica M. Marinas «la individualidad» (Marinas 2000: 20), que fomenta los sentimientos centrados en el Yo, en el logro de metas psicológicas, la búsqueda de la propia identidad, la autoestima y la afirmación personal (Beck 1998; Bauman 2001). Las directrices y los valores fomentados por esta cultura no favorecen, en principio, el altruismo y la participación social, sin embargo, paradójicamente, no solo no los desplazan, sino que, en algunos casos, los fomentan y estimulan.

¿Cómo se explica que una cultura que impulsa y refuerza el individualismo potencie al mismo tiempo la preocupación por los otros y la dedicación a los demás? La respuesta a esta cuestión admite diversas explicaciones. El auge experimentado por el individualismo en nuestra sociedad conduce sin duda a fijar a las personas en sus intereses y preocupaciones, pero esa inclinación no anula ni desplaza, tal como recuerda N. Elias, «la necesidad elemental que todo individuo tiene de calor y de espontaneidad en su relación con otros. No ha hecho desaparecer el deseo de seguridad y de estabilidad de la afirmación individual de la propias personas a través de los demás, ni su contrapartida, la necesidad de convivir con otras personas con las que se está a gusto» (Elias 1990: 235).

Más allá de esta razón, es evidente que a los voluntarios que se mueven por intereses «instrumentales» la colaboración en las organizaciones no lucrativas puede reportarles beneficios útiles y puede servirles de puente para obtener unos beneficios tangibles y prácticos. En el caso de los voluntarios que se comprometen por intereses «expresivos» sus pretensiones son, no obstante, de otro tipo. Confían en solucionar o aliviar, sobre

todo, sus déficits emocionales. Al incorporarse a las organizaciones no lucrativas tratan de encontrar una respuesta a la carencia de vínculos, de afectos, de ámbitos de relación personal. Las organizaciones de voluntariado se convierten para ellos en productoras de sentido, les ofrecen un espacio en el que refugiarse, les brindan la oportunidad de afirmarse como personas.

Por otro lado, hay que advertir también que el individualismo imperante en nuestra sociedad produce en determinadas personas una cierta saturación, un sentimiento de aislamiento y de soledad. La cultura de la autonomía, valor dominante de la modernidad, engendra su propio malestar. Al decantarse excesivamente por la senda del individualismo algunas personas acaban encerradas en ellas mismas; la reclusión en uno mismo desencadena, siguiendo la metáfora del péndulo, un movimiento opuesto: la búsqueda y el encuentro con los otros. El «yo sin trabas», totalmente desarraigado estaría dando paso a un «yo saturado», a un «yo relacional» proyectado en redes sociales en grupos y asociaciones (Gergen 1992). La participación en asociaciones puede ofrecerles un contrapeso, un antídoto contra la soledad y el aislamiento producidos por el exceso de individualismo. Las organizaciones de voluntariado constituyen, en este caso y para determinadas personas, una salida o una alternativa. Al participar en sus tareas proporcionan un espacio social en el que situar sus preocupaciones, un ámbito en el que ocupar su tiempo libre y en el que proyectar sus afectos.

3. EL DON SIN RETORNO Y EL SENTIMIENTO COMPASIVO. CONTINUIDAD Y CAMBIOS EN LOS COMPORTAMIENTOS SOLIDARIOS

El desvelamiento de los motivos que explican el compromiso de los nuevos voluntarios y el reconocimiento de los referentes culturales que estimulan su decisión revelan una doble dimensión representativa y característica de nuestra sociedad: la continuidad, por un lado, de determinados patrones o modelos de comportamiento tradicionales y la emergencia, por otro, de unos nuevos códigos de conducta que coexisten y conviven con los heredados del pasado.

El influjo ejercido por la tradición cristiana y republicana en las decisiones de un grupo de voluntarios demuestra la persistencia entre nosotros de la tradición. Frente a la opinión de quienes afirman que nuestras vidas se desarrollan actualmente en un orden posttradicional, destradicionalizado, en el que los nexos sociales tienen que hacerse y no heredarse del pasado (Giddens 2003), la conducta de los voluntarios que se identifican y siguen las directrices de ambas tradiciones confirma que éstas no han perdido totalmente su vigor ni han sido desplazadas de nuestras vidas. Las maneras tradicionales de hacer las cosas persisten e incluso, como ponen de manifiesto diferentes autores, se

restablecen en muchos ámbitos de la vida diaria. Las tradiciones siguen proveyendo en nuestro mundo mapas cognitivos que ayudan ubicarse y transitar en él a muchas personas (Alonso Ponga 1984; Balandier 1998; Díaz 2004).

Ahora bien, las actitudes que adoptan y los planteamientos asumidos por la mayoría de los voluntarios confirman también que las tradiciones no tienen hoy la misma importancia ni desempeñan los mismos cometidos que tenían y ejercían en las sociedades del pasado. En estas sociedades la orientación de las acciones las proveía la tradición, que se imponía como fuente de autoridad por encima de los individuos. A diferencia de ellas, las sociedades modernas han entronizado el cambio y la innovación. La tradición no desempeña por ello su cometido estructurador y ha dejado de organizar la vida individual y colectiva. La conducta de muchas personas no se halla ya orientada por un repertorio de experiencias pasadas reguladas por normas y creencias elaboradas en el pasado, sino por imágenes virtuales. El futuro y no el pasado dirigen el presente. En consecuencia, muchas personas ya no pueden esperar que instancias externas les indiquen lo que deben hacer o no hacer, y se ven urgidas a volver sobre sí mismas para organizar sus metas e intereses, se ven apremiadas a diseñar y producir su propia biografía, a planificar y actuar como individuos convirtiéndose así en constructoras directas de su propia identidad, de sus vínculos y redes sociales al margen de los valores y las creencias tradicionales. Las motivaciones expuestas por un grupo significativo de voluntarios revelan esa tendencia dominante en nuestra sociedad.

Los planteamientos asumidos por los nuevos voluntarios permiten apreciar igualmente tanto la continuidad como el cambio del don y del sentimiento compasivo. Los voluntarios que asumen su compromiso movidos no solo por el deseo de ayudar a otros sino también por su pretensión de obtener a cambio de ello una compensación instrumental o expresiva participan de la lógica del don (reciprocidad), lógica que implica dar, recibir y devolver. Asimismo, los que lo hacen con una intención altruista reproducen la norma que prescribe el dar sin esperar la devolución de lo que se entrega (don sin retorno).

La vigencia de estos comportamientos no impide, sin embargo, reconocer que la forma en que se manifiesta y la función social que desempeña el don en la actualidad no son las mismas que en las sociedades del pasado. En estas sociedades el don y la reciprocidad eran su forma de interactuar predominantes, el mecanismo mediante el cual circulaban los bienes y las personas asegurando así su reparto y su redistribución; constituían la condición de la producción y reproducción de las relaciones sociales (Firth 1974). En nuestra sociedad, por el contrario, los intercambios han perdido su rasgo moral o religioso y se reducen, en la mayor parte de los casos, a intercambios específicos de bienes y servicios por dinero. Las sociedades modernas capitalistas se hallan, tal como

señala M. Godelier, dominadas por el intercambio económico racional y se caracterizan por «una economía y una moral del mercado y de la ganancia» (Godelier 1998: 295).

El predominio de esta forma de interactuar no ha supuesto, sin embargo, la desaparición de la generosidad y del don sin retorno. La razón de su continuidad se debe, en parte, tal como advierten distintos antropólogos, a los excesos producidos por el tipo de intercambios dominante en nuestra sociedad. Tales excesos indica M. Mauss, «crean en el individuo un estado de ánimo en el que, junto a los sentimientos de los derechos que posee, se dan otros sentimientos más puros: el de caridad, de 'servicio social', de solidaridad» (Mauss 1971: 249). En términos parecidos M. Godelier considera que el «don sin retorno» se presenta en nuestras sociedades como el «sueño invertido» de las relaciones de fuerza, de interés, de manipulación y de sumisión que implican, por un lado, las relaciones mercantiles y la búsqueda del beneficio y, por otro, las relaciones de poder (Godelier 1998).

Al igual que el don, los sentimientos compasivos tampoco han desaparecido de nuestro entorno social. En las últimas décadas crecen los maratones solidarios y los festivales benéficos, se incrementan los donativos en favor de colectivos y personas en situación de pobreza y exclusión, cobran protagonismo los bancos de alimentos y las iniciativas de ayuda humanitaria, pero esas acciones tampoco siguen las directrices que las inspiraban en el pasado. El modo en que un sector amplio de personas asume hoy la compasión encaja con el nuevo individualismo dominante en nuestra sociedad, con un «altruismo indoloro», propio de una sociedad posmoralista, dentro de la cual tienen poca cabida el deber y el sacrificio, y en la que los individuos se sienten conmovidos por las desdichas y por el sufrimiento del prójimo, pero en las que no se sienten urgidos por obligaciones morales y/o religiosas.

Esa forma de entender y asumir la compasión es fomentada y expandida, principalmente en nuestra sociedad, por los medios de comunicación. Estos agentes se han convertido hoy en los intermediarios entre nosotros y la realidad; imponen un modelo de entender y expresar las cosas, transmiten valores que funcionan como ingredientes de nuestras representaciones y sentimientos. Son ellos los que en la actualidad alimentan y favorecen, sobre todo, los sentimientos compasivos y las acciones dirigidas a paliar los padecimientos y el dolor humanos, pero el modo en que lo hacen refleja rasgos muy distintos a como lo planteaban las tradiciones políticas y religiosas. Los *media* fomentan la preocupación por el sufrimiento ajeno, pero lo hacen siguiendo el doble criterio de lo espectacular y de lo sentimental. Enfatizan, sobre todo, los aspectos sensibles y emotivos; desencadenan grandes gestos solidarios, pero correlativamente liberan del compromiso; apelan a los corazones, pero impulsan comportamientos efectivos a muy corto plazo y no crean una conciencia de deberes interiorizados; provocan reacciones

emocionales sin suscitar el análisis crítico de la realidad; estimulan la intervención en problemas concretos, desentendiéndose de los procesos estructurales que los producen; no tienen en cuenta los problemas económicos, políticos y sociales de fondo, soslayando la posibilidad de la toma de conciencia y la movilización contra la injusticia.

En base a esas premisas expanden un discurso tras el cual el voluntariado y las organizaciones no lucrativas son presentados como los únicos actores posibles para responder a las situaciones de las emergencias y de la pobreza existente en distintos países y presentes cada vez más en nuestra sociedad.

4. CONCLUSIONES. DIMENSIONES Y RASGOS DE LA NUEVA CULTURA DEL VOLUNTARIADO

El análisis de la naturaleza y de los fundamentos de la acción voluntaria permite extraer unas conclusiones generales en las que se pretende resaltar las conexiones existentes entre las actitudes que caracterizan la participación de los voluntarios y los códigos culturales que hoy predominan o se imponen en nuestra sociedad, y con las que se busca, al mismo tiempo, destacar la viabilidad y el interés de la perspectiva antropológica en el estudio del voluntariado.

1. Una primera evidencia, puesta de manifiesto por el discurso de los nuevos voluntarios es la variedad y la heterogeneidad de los motivos que explican la acción voluntaria. Esa diversidad coincide y conecta con una tendencia propia de nuestro mundo: el pluralismo cultural. Este rasgo no es, simplemente, un hecho peculiar del entorno social externo; afecta, también, a las conciencias, a nuestras mentes, y se revela en la pluralidad de opciones, concepciones, valores y creencias que actualmente coexisten en el interior de nuestras sociedades y en el modo en que muchas personas conciben y organizan sus vidas. Las sociedades actuales, a diferencia de las sociedades premodernas, no son unidades homogéneas que compartan una conciencia colectiva o un sistema de valores y creencias único como base de su cohesión interna; son, por el contrario, sociedades multiculturales. En su seno coexisten y conviven simultáneamente individuos y grupos que participan de tradiciones, formas de vida y códigos culturales diferentes. Los planteamientos de los nuevos voluntarios expresan y proyectan, en alguna medida, esa tendencia y ese rasgo característico de nuestra cultura.

2. El reconocimiento de la multiculturalidad no impide, sin embargo, constatar el auge creciente en nuestro entorno social de un modelo cultural caracterizado por el énfasis en los aspectos emocionales y en la construcción de un yo fuerte y autosuficiente. Tras la represión de las emociones llevada a cabo por la moderni-

dad hoy se reivindican los sentimientos, la recuperación de la emocionalidad. Las explicaciones ofrecidas por una parte significativa de los voluntarios acerca de su participación voluntaria reflejan el influjo de las pautas y las directrices de la llamada «cultura psicoterapéutica» (Béjar 2018). Esta cultura, impulsada y favorecida desde distintos frentes (la psicología positiva, la sociología cognitiva, las nuevas espiritualidades...), constituye una forma de entender el mundo, aporta respuestas y orientaciones en un momento en el que los valores y las creencias tradicionales experimentan una crisis profunda y dejan de ser los códigos de conducta dominantes. Sus directrices presionan a los individuos a ocuparse de la realización emocional de sí mismos, indican qué emociones y actitudes deben adoptar ante los demás (el distanciamiento, la autosuficiencia, la afirmación personal, la empatía sin una entrega esforzada, sin un compromiso fuerte que conlleve renunciaciones personales significativas...) y cuáles deben rechazar (el sentido del deber y de la obligación, la dependencia y el sacrificio o entrega sin límites, la disponibilidad y la renuncia a las propios deseos...). La cultura psicoterapéutica fomenta paradójicamente las prácticas compasivas (amorosas), pero lo hace no desde una perspectiva moral o religiosa, sino como medio para desplazar los vacíos y penurias personales. Entiende la ayuda altruista, el acercamiento a los otros como un medio para resolver las propias carencias. Su creciente expansión explica que los valores y las conductas se conciben a través de sentimientos y provoca que tanto la concepción como la práctica de una vida buena se basen no en un lenguaje moral sino en un lenguaje psicológico.

3. La coincidencia de los planteamientos asumidos por los nuevos voluntarios con los patrones culturales que en la actualidad prevalecen en nuestra sociedad se aprecia, también, en el modo en que la mayoría de ellos concilian razonamientos aparentemente opuestos en su explicación de por qué deciden hacerse voluntarios. Esa compatibilidad conecta con un rasgo representativo de nuestra cultura: el predominio de una lógica conjuntiva y sintética en la que se imponen la fusión y la hibridación. El mundo en el que vivimos experimenta mezclas y combinaciones complejas, presenta múltiples dualidades y paradojas, posibilita la concordancia de opciones valorativas antitéticas: orientación colectiva y orientación individual, particularismo y universalismo, memoria y tiempo inmemorial, emotivismo y neutralidad afectiva (Castells 1998). Nuestra cultura posmoderna «es materialista y psi, renovadora y retro, consumista y ecologista» (Lipovetski 1986: 11). El reflejo de esta lógica es patente en el discurso de los nuevos voluntarios. En sus explicaciones se aprecia la existencia de un «pluralismo motivacional» en el que se solapan y entremezclan valores, actitudes y opciones diversas y contradictorias. Los nuevos voluntarios se preocupan por el

bienestar ajeno, pero también por el propio; combinan el deseo de ayudar a terceras personas (orientación motivacional de carácter moral) con la satisfacción de urgencias o intereses instrumentales y expresivos (orientación individualista). Sus planteamientos y motivaciones entremezclan motivos altruistas y objetivos de utilidad individual.

4. Más allá de estas evidencias el impulso cobrado en las últimas décadas por la participación voluntaria coincide también con el auge y la consolidación del pensamiento neoliberal. Dicho pensamiento propugna la reducción de la protección pública, la privatización no solo de las actividades económicas, sino también de los servicios sociales, de la educación, de la sanidad..., y promueve, como alternativa, los comportamientos generosos privados en forma de voluntariado y de donaciones a entidades caritativas. La pujanza de esta visión, tras la crisis y reestructuración del Estado de Bienestar, ha posibilitado la acción voluntaria y la expansión de las organizaciones solidarias, pero ha propiciado el desplazamiento de las formas de distribución garantista procedente de los sistemas públicos y ha coadyuvado a su reemplazo por prácticas benéficas. El pensamiento neoliberal contribuye a apuntalar el discurso del final del Estado Social de Derecho y, paralelamente, estimula el retorno de las prácticas benéficas y asistenciales; respalda la sustitución de los derechos sociales por actos compasivos. Todo ello genera no solo una desconfianza en los sistemas públicos de protección social, considerados como ineficaces, sino algo de mayor alcance: su retirada simbólica del imaginario colectivo como correctores de las desigualdades sociales. Las actitudes y las orientaciones seguidas por muchos voluntarios proyectan y reproducen, en alguna medida, esa concepción de la protección y de la atención social.

5. Estas consideraciones sobre el sustrato cultural que envuelve la acción voluntaria refrendan la viabilidad de la perspectiva antropológica en el estudio de un fenómeno aparentemente alejado del foco y de las preocupaciones que tradicionalmente han sido objeto de esta disciplina. Tal y como se ha mostrado en este breve recorrido la participación de los voluntarios es fruto de una decisión libre; esa decisión se plantea y realiza, no obstante, en una realidad social y culturalmente construida y proyecta, en gran medida, sus valores y directrices. La consideración, tanto de las razones de su compromiso como del contexto en el que éste se produce desde los presupuestos y las orientaciones de la antropología, disciplina que se ocupa del análisis de las normas, de las metas y las creencias a través de las cuales las personas dan sentido a sus experiencias, justifican sus acciones, formulan sus expectativas y encuentran un sentido a sus vidas, ayuda a entender no solo los comportamientos y las actitudes de los nuevos voluntarios

sino también los códigos culturales que guían y configuran sus pensamientos y sus acciones.

BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO PONGA, J. L. (1984): *Tradiciones y costumbres de Castilla y León*. Valladolid, Castilla Ediciones, Valladolid.
- ARIÑO, A. et al. (2007): *Asociacionismo y voluntariado en España*. Valencia, Tirant lo Blanch.
- BALANDIER, G. (1998): *Modernidad y poder*. Gijón, Júcar.
- BAUMAN, Z. (2001): *La sociedad individualizada*. Madrid, Cátedra.
- BECK, U. (1988): *La sociedad del riesgo*. Barcelona, Paidós.
- BÉJAR, H. (2000): *El corazón de la república*. Barcelona, Paidós.
- BÉJAR, H. (2001): *El mal samaritano*. Barcelona, Anagrama.
- BÉJAR, H. (2018): *Felicidad. La salvación moderna*. Madrid, Tecnos.
- CASTELLS, M. (1998): *La era de la información. La sociedad red*. V. I, Madrid, Alianza.
- CHACÓN, F., PÉREZ, T., VECINA, M. L. (2011): «Motivaciones del voluntariado: factores para la permanencia y vinculación del voluntariado». *Documentación Social*, nº 160, pp. 131-148
- DÍAZ, J. (2004): *La tradición plural*. Uruña, Fundación Joaquín Díaz.
- ELIAS, N. (1990): *La sociedad de los individuos*, Barcelona, Paidós.
- FIRTH, R. (1974): *Teorías de antropología económica*. México, FCE.
- GERGEN, K. G. (1992): *El yo saturado. Dilemas de identidad en el mundo contemporáneo*. Paidós, Barcelona.
- GARCÍA, A. – MARTÍNEZ DE PISÓN, (2001): *Ciudadanía, voluntariado y participación*. Madrid, Dykinson.
- GIDDENS, A. (2003): *Un mundo desbocado*. Madrid, Taurus.
- GINER, S. (2000): *Cultura republicana y política del porvenir*. Barcelona, Ariel.
- GODELIER, M. (1998): *El enigma del don*. Barcelona, Paidós.
- IZQUIETA, J. L. – CALLEJO, J. (1999): «Los nuevos voluntarios. Naturaleza y configuración de sus iniciativas solidarias». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, nº 86, pp. 96-115.
- MADRID, A. (2001): *La institución del voluntariado*. Madrid, Trotta.
- LIPOVETSKI, G. (1986): *La era del vacío. Ensayo sobre el individualismo contemporáneo*. Barcelona, Anagrama.
- MARINA, J. A. (2000): *Críticas de la ultramodernidad*. Barcelona, Anagrama.
- MAUSS, M. L. (1971): *Sociología y Antropología*. Madrid, Tecnos.
- NAVARRO, Cl. J. – PÉREZ, E. (2004): *Las razones del voluntariado*. Sevilla, Junta de Andalucía.
- RUIZ, R. (2006): *La tradición republicana*. Madrid, Dykinson.

- RUIZ DE OLABUÉNAGA, J. I. (2001): «El voluntariado en España». *Documentación Social*, nº 122, pp. 67-103.
- ZURDO, A. (2003): «Voluntariado y estructura social: Funciones sociales y límites», en *Las entidades voluntarias de acción social en España*, Gregorio Rodríguez Cabrero (coord.). Madrid, FOESSA, pp. 213-286.